



LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Año I. — Números 5 y 6

PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 2 PTAS.
(Doble número de páginas que el corriente)

ÍNDICE

NÚMERO DE NOVIEMBRE

G. García-Arista y Rivera. Alma-Azul (Cuento premiado con 500 pesetas en el Concurso de LETRAS REGIONALES).—*Carmen Carriedo de Ruiz*. Año-ranza.—*J. Ortiz de Pinedo*. El Príncipe que conquistó un mundo y el que se contentó con menos.—*Amador Montenegro Saavedra*. Ofrenda, (Poesía).—*C. Cabal*. Del Folk-lore de Asturias: La danza prima.—*Narciso Díaz de Escovar*. El hombre de la barba blanca.—*S. Ramos Almodóvar*. Cáceres (Poesía).—*Manuel Huerta Marín*. El alma del mar.—*Eladio Esparza*. Del libro de «Aforismos».—*Luis López y López*. Para ti no hay flores, (Poesía).—*Emilio Crespo*. Crisantema blanca, (Poesía).

NÚMERO DE DICIEMBRE

Curro Vargas. Cuadros madrileños: La Chatinguilis.—*José María Pemán*. El Viático, (Poesía).—*S. y J. Alvarez Quintero*. Escenas escogidas: Pasionera.—*Luis de Castro*. Las alas rotas.—*José María Iraburu*. El último peregrino.—*Miguel Victorero*. El mocetón en la cumbre.—*Manuel F. de los Ronderos*. Bocetos: El Hombre-Niño.—*José de Orellana*. A una matanza, (Poesía festiva). **Literatos Nuevos:** *F. Sánchez de la Nieta*. La doble ilusión.—*Ares-Nif*. De mi guitarra. *Jesús Ramírez Sánchez*. Doña Mariposa y Caracolillo, (Cuento para niños).—*Miguel Hervella Urdániz*. El tren de la idea: Del abismo, surge el sol (Poesías).—*Luisa de Fatras*. Leyenda vasca.—*Epigmenio Gutiérrez Terreros*. Monjes, (Poesía).

Para anunciar ventajosamente en LETRAS REGIONALES dirijase a

“PUBLICITAS”

AGENCIA INTERNACIONAL DE ANUNCIOS

MADRID:

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 13
APARTADO, 911

BARCELONA:

RONDA DE SAN PEDRO, 11
APARTADO, 228

LETRAS REGIONALES

REVISTA MENSUAL

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Novelas, Cuentos, Leyendas, Poesías, Ilustraciones, Historia literaria, Críticas, Páginas femeninas, Folklore, Crónicas, Sección "Literatos Nuevos", Concursos, Bibliografía, & &

~~~~~ DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR ~~~~~

**COLABORADORES:** Armando Palacio Valdés, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, R. Alcover, G. Alvarez Limeses, F. Arocena, J. Arrarás, F. J. de Arvizu, M. R. Blanco-Belmonte, A. Blanco-Lon, J. Barcia Caballero, Constantino Cabal, Arturo Campión, Carmen Carriedo de Ruiz, Eugenio Carré, Luis de Castro, Antonio de Cora, Juan Luis Cordero, Carlos Luis de Cuenca, Jorge de la Cueva, «Curro Vargas», Luis Chamizo, G. Díaz Caneja, Narciso Díaz de Escovar, V. Díez de Tejada, Concha Espina, Eladio Esparza, J. Fernández y González, M. Fuentes Jorge, G. García-Arista y Rivera, F. Castán Palomar, Juan Jesús González, Macario Golferichs Losada, Juan Gutiérrez Gili, M. Huerta Marín, Publio Hurtado, José M.<sup>a</sup> Iraburu, Benjamín Jarnés, Lorenzo López Cruz, J. López Prudencio, Luis G. Manegat, «Maricruz», Angel Marina, Augusto Martínez Olmedilla, José M. Matheu, «Mirabal», A. Montenegro Saavedra, Luis Montoto, J. Ortiz de Pinedo, Rafael Pamplona, A. Peláirea, José M.<sup>a</sup> Pemán, Huberto Pérez de la Ossa, Antonio Porras, Emiliano Ramírez Angel, A. Reyes Huertas, Lorenzo Riber, Ramón Robles, Julio Santa María, María Sepúlveda, Yago-César de Salvador, Manuel Siurot, Ignacio Socías Aldape, Francisco Valdés, J. de la Vega, Luis Antonio de Vega, A. Villar Ponte, Tomás Yoldi Mina, José Zalba.

Oficinas: Encarnación, 19. — CÓRDOBA

## LETRAS REGIONALES

es la revista de los literatos españoles y de los amantes de la literatura regional española.

Precio de suscripción anual: en España 10 pesetas.

Portugal y América 12 pesetas; extranjero 20 pesetas.

## BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

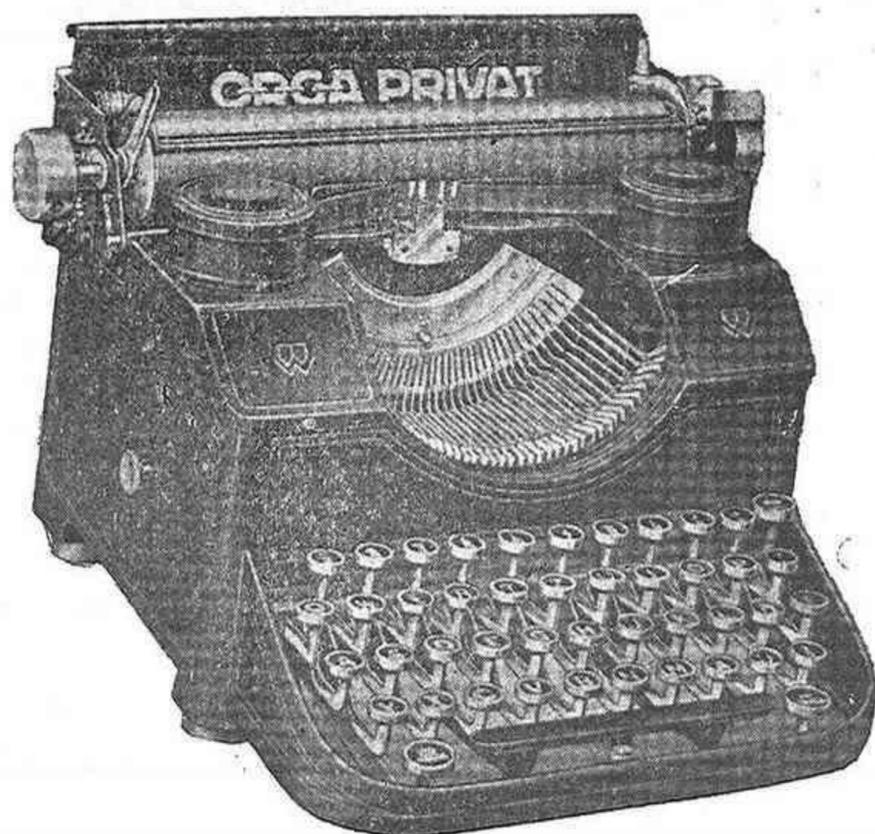
(Remítase franqueado como carta a LETRAS REGIONALES, Encarnación, 19-Córdoba)

D. ....  
que habita en.....provincia de.....  
calle y núm.....se suscribe  
a LETRAS REGIONALES. Las 10 pesetas, importe de la suscripción anual,  
las envía con esta fecha por.....

Firma,

¡La maravilla de las maravillas!

**La máquina de escribir perfecta**



# ORGA PRIVAT

Todas las cualidades de las más caras, y precio inferior a la más barata de todas las conocidas.

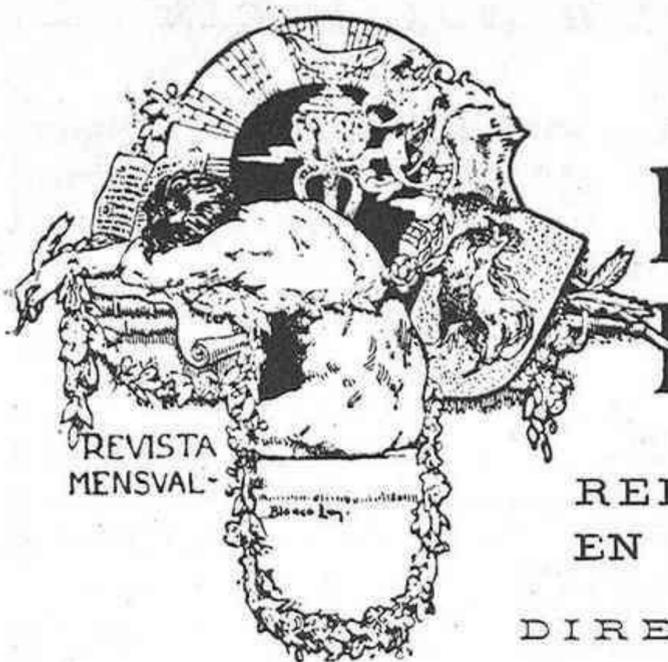
**Pesetas 700 al contado**

Detalles, demostraciones  
- gratis pidiéndolos al -

Representante general  
para España:

**R. Wirth Svalina**

Lealtad, 8 — MADRID



# LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES  
EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

Año I

Noviembre de 1925

Núm. 5

En el Concurso de Cuentos convocado por LETRAS REGIONALES— con tanto éxito, que más de quinientos son los trabajos presentados, de todas las Regiones españolas— se ha concedido el Premio de quinientas pesetas a este que se titula **ALMA-AZUL**, señalado con el lema FRUTA DE ARAGÓN y del que es autor el meritisimo literato aragonés, conocido y admirado en toda España, DOCTOR DON GREGORIO GARCÍA-ARISTA Y RIVERA.

## ALMA - AZUL

**O ¡DE ILLUECA AL CIELO!  
Y ¡EN TODAS PARTES CUECEN HABAS!**

I

Y, en aquel punto y hora, el tío *Ramales*, y el tío *Vencejo*, abandonaron, a la vez, este bajo mundo (¡gananas de remedar a Cervantes y a Shakespeare!); y, juntos y unidos, emprendieron el camino del otro, surcando los espacios, en alas que les prestara el mismísimo dios Mercurio; ya que, en aquel entonces, si la aviación bien podía ser (el *posse*, no lo negamos los *teólogos*) deporte antiguo en Marte, Venus, Neptuno y aun la Luna; en este nuestro pobre planeta, era cosa aun desconocida.

Y, al emprender su ascensional camino, dijo *Ramales* a *Vencejo*, como reanudando alguna disputa—tan natural y frecuente entre buenos baturros—comenzada en las postrimerías de su vida terrenal:

—¡Ahura lo verás con tus propios ojos, cabezón!

«¡Tarazona no recula,  
aunque lo mande la bula!»

Y volaron, volaron...

II

¡Illueca!... ¡Pueblo más famoso!... Encerrado en la val chica de un chico río, que ni nombre tiene; ni a Babilonia, ni a Nínive, ni a Atenas, ni a Esparta, ni a Roma ni a Cartago, cede en prestancia. Que si aquellos tuvieron Sardanápalos y Nabucodonosores, Pericles y Licurgos, Augustos y Aníbal; Illueca puede vanagloriarse de ser hijo suyo **ALMA-AZUL**: suma y compendio de las virtudes illuecanas.

III

—¡Hum!...— rezongó *Vencejo*, mientras subían, subían... insistiendo en sus

dudas — ¡Yo soy de la cofradía de Santo Tomás!...

¡Y había para recelar! Porque sostenía *Ramales*, que los de Illueca, por especial privilegio (no se sabía quién lo concediera, pero que de tradición constaba), ganado en fuerza de excelsas virtudes; al morir, iban todos al cielo... De modo que, en el orden moral, todo illuecano podía decir: *cives romanus sum!* Pero *Vencejo*, aunque en Illueca naciera — y de ello bien se preciaba — no las tenía todas consigo. Porque una larga ausencia habíale sin duda entibiado — era el creer de *Ramales* — nativos afectos, y engendrado en él la corrosiva duda...

Y como esto originara frecuentes disputas entre los dos illuecanos; entrambos convinieron un plan genial y heroico: morirse los dos a la vez — no consta, si por manifiesto suicidio o por algún hercúleo esfuerzo de férrea voluntad — y comprobar por sí mismos la verdad de todo... Para ello tenían que renunciar a unos años más de vida que en este mundo les quedaba, según especial cómputo. ¿Pero, qué valía eso, ante la eterna dicha que — según *Ramales* — tenían ambos reservada, como illuecanos, en la celestial mansión?...

Y pensado, y hecho.

#### IV

A las alturas llegarían del vecino monte Cáo — cuya dirección norteña tomaran, sin duda porque aquel sería el camino del cielo —, cuando *Vencejo*, siempre con sus recelos, o quizá arrepentido de la aventura, deslizó:

— ¡Miá que si ahura resultara que, por habéme ido aquella vez de Illueca había perdido el drecho!...

— ¡No seas mal pensáo, hombre!...

— ¡Es que allí tengo entendido que hılan mú delgàu!...

— ¡No t' apures, hombre! ¡No t' apures! Buscaremos, en zaguero remedio, el influjo de ALMA-AZUL!...

Y en estos decires, y en estos pensares,

subían... subían... ¡Qué alas, aquellas que les prestara Mercurio — dios al fin —!... Un aeroplano, a su lado, era una carreta! ...

#### V

— ¡El cielo!... ¡El cielo! — gritaron a una, jubilosos, los viajeros, al percibir los primeros inefables resplandores de la inefable Gloria.

Y, ascendiendo un poco más, estuvieron a las puertas del Émpíreo. No estaba a la sazón San Pedro, y recibiólos un su ayudante.

— ¡Semos de Illueca! — adelantóse a decir, por todo decir, el tío *Ramales*...

— ¡« Illueca »! ¡« Illueca »!... ¡No me suena! — aseveró el portero suplente.

Al oír lo cual, *Vencejo* por poco cae... segunda vez muerto de la impresión. Pero *Ramales*, fortalecido por su inquebrantable fe, replicó, amoscado:

— ¡Ya se conoce qu' es usté portero de encuarte (*ayuda*)!

¡Miá que no «sonále» Illueca! ¡Reconcho! ¿' Onde anda San Pedro?

— ¡El Portero Mayor hubo de retirarse, cuando ustedes llegaban!

— ¡Ah! ¡repaineta! ¡pá no recibínos! ¡Y siendo de Illueca!

— ¡Bien! ¿Illueca, dónde cae?...

— ¡En el partido de Calatayú!

— ¡« Calatayud »! « Calatayud »! — murmuró el portero, mientras ojeaba un libro—. De Calatayud, hay aquí algunos — (no muchos, porque son gente lista — en opinión de Gracián — y esta suele tener manga ancha); pero, de Illueca no veo ninguno.

— ¡Mire bien su mercé!...

— ¡No los hay! — acabó rotundamente aquél, cerrando la portería.

— ¿Lo ves? ¿lo ves? — reprochó, desconsolado, *Vencejo* a su inductor — ¡Ya me lo temía yo!...

— ¡No t' apures por eso, hombre! ¡no t' apures! — replicó *Ramales*, acudiendo a un recurso—. Ahura caigo en que, en

el cielo, no se va diréto como los rayos. Siempr' hay algún pekadico que penar, y, pá eso, está el Purgatorio!

Y, en vuelo descendente, se dirigieron al lugar de las almas en pena. En el camino, dijo *Vencejo*:

—¡Ya me paicia a mí que en Illueca había de todo, como en botica!

—¡Calla y no mermures! ¡Renegao! ¡Paice mentira qu' haigas nacido allí!... ¡De Illueca, al cielo!—protestó *Ramales*.

—¿Sabes lo que te digo?... ¡Que el setimo no hurtarás! ¡Y allí los botigueros... como en todas partes!..

—¡Hombre! ¡Yo no digo que cualque vez!... ¡A lo mejor hurta uno sin saber lo que hace!... ¡Y amás: masiau sabes que el que trafica de buena fe, no pué vivir!...

—¡Y el otavo—siguió *Vencejo*—no levantar falsos testimonios ni mentir!...

—En la vida, por juerza hay qu' ichar alguna mentirica que otra! ¡Si no, no se podría vivir en el mundo!—disculpó *Ramales*.

—¡Y el cuarto!... ¡Y el quinto!... ¡Y el sexto!...

—¡No sigas!... ¡Cosas de hombres!... ¡Y en Illueca, semos mucho hombres!

—¿Pues, astonces, el privilegio aquél, ganáo por la virtudes?...

—¡Pué que fuera por las de ALMA-AZUL .. que se ganó el mote porque tenía 'l alma así: clara y azul, como el cielo en noche serena! ¡un bendito!...

.....



## VI

Y llegaron a las puertas, por cuyas ranuras aparecían tenues llamaradas de fuego tenue

Una almica, de uniforme, y ostentando galones de portero en la bocamanga, abrió.

El tío *Ramales*, delantero y decidido, quiso entrar.

—¿A quién buscan ustedes?— preguntó el alma, deteniéndolos.

—¡Otra que Dios! ¡A los de Illueca! — contestó cejijunto *Ramales* — ¡Nos conformamos ya con ajuntarnos con ellos; y cuando haigamos pasau «lo nuestro», irnos tóos al cielo!

—¿Para eso es indispensable un volante de San Pedro... Lo traen ustedes...

—¡Remoño! ¡Miá que pedir eso a uno de Illueca, cuando podíamos estar tóos en el cielo por drecho propio!...

—¡Pues allí estarán: porque aquí no hay ninguno!

—¡Amos! ¡Ya tenemos aquí otro que tall! ¡Otro portero sedito, que no sabe ni pizca de su obligación!

—¡Yo no sustituyo a nadie! ¡Ejerzo la portería en propiedad! ¡Y repito que aquí no hay nadie de Illueca!

—¿Tiene su mercé seguridá en lo qu' ice?

—¡Completa! ¡Y basta ya; que otros esperan!

El pobre *Vencejo*, atontado, no se había atrevido ni a chistar. ¿Qué esperanza les quedaba?...

## VII

Pero, alentado y sostenido por *Ramales*, siguieron el descenso... Y pasaron por la tierra... (¡Qué nostálgico saludo le dedicaron!... ¡Qué arrepentidos se hallaban, ya, de haberla para siempre abandonado!) Pasaron digo... de pasada, hacia los reinos de Lucifer, hacia el profundo infierno. ¡Allí estaban, sin duda, todos los de Illueca! ¡No había más remedio! ¡Y allí se quedarían ellos

para siempre! ¡Porque, de allí no se salía, como del Purgatorio! Esta era la gran aflicción de *Vencejo*. ¿Por qué habría él hecho caso a *Ramales*?

Un pestilente olor a azufre, primero... Después, otro, a cuerno quemado (de ahí, sin duda, viene el llamarle mal olor por antonomasia)... Luego, humo denso de pez... ¡Se acercan al Averno!... ¡Todo estaba perdido!... Echáronse a temblar. Un sudor frío inundaba sus etéreos cuerpos.

—¡*Vencejo*!— exclamó de repente *Ramales*, reaccionando— ¡No hay por qué afligirse! ¡Quizáve nos libremos de ir al Infierno!

—¿Pues? .. —inquirió aquél, dando diente con diente.

—¡Que bien pué ser que haiga alguna mansión especial pá los de Illueca!

Serenados en parte, con esto, llegan a las puertas del infierno... Satanás en persona les esperaba ..

—¡Diga su mercé!—interrogaron con timidez, y en voz baja, como deseando una contestación negativa—. ¿Hay por aquí alguno de Illueca, por un casual?... (No se atrevieron a preguntar «si estaban todos»).

—¿De Illueca?...—exclamó Lucifer, soltando una sarcástica carcajada—. ¡De Illueca... soy yo!...

—¡Ahura caigo! ¡Tú eres ALMA-AZUL!...

—¡El mismo que viste cola y calza uñas!...

—¿Y nosotros también quedaremos aquí para siempre?

—¡No! ¡Vosotros... al Limbo!...

## VIII

¡Lector! ¡lector pío! Si tienes a mano un mapa de Aragón, mira hacia la vertiente meridional del Moncayo, y allá, junto a un circulito, leerás: «ILLUECA»... Pero no vayas a creer que tal nombre tenga relación alguna con nues-

tro verídico relato. ¡«Illueca»! ¡«Illueca»!... ¿No te suena eso a cosa arcaica primitiva, ibérica?...

Pues, como los arqueólogos se empeñan ahora en que la toponimia hispana es repetición de otra de allá de Oriente; bien puede ocurrir que todo lo fielmente narrado venga a ser—no obstan-

te habernos documentado en los mejores archivos ultratelúricos —... algún cuento oriental.

¡Que bien pudiera ser!...

**Dr. G. García-Arista y Rivera**

C. de las Reales Academias Española  
y de la Historia





POR CARMEN CARRIEDO DE RUIZ

Es una noche de Agosto, en un pueblo de la baja Andalucía.

¿Qué cómo se llama el pueblo? Asido-llana; una urbe de riqueza burguesa y rural, con calles amplias y limpias, casas de dos pisos y grandes patios, iglesias hermosas y cuidadas, comercios pretenciosos y costumbres provincianas y monótonas con ribetes modernistas; adorno importado por los elegantes que periódicamente la visitan en sus renombradas ferias primaverales.

Noche agosteña y calinosa; las bombillas del alumbrado público parecen suspendidas en el pesado ambiente apelmazado sobre ellas, velando con su densidad la lividez de sus fulgores. Los árboles de calles y plazas sufren la congoja del estío con las hojas empolvadas

y mustias, suspirando por los agüace-ros de Septiembre; el higuero en la esquina de la plaza, cabecea tras su tenderete atiborrado de chumbos apilados como balas en parque de artillería, que muestran su cáscara espinosa entre alcanacitas frescas y macetas de albahaca...

La Alameda, amplia y recién regada, cercada de árboles y rodeada de bancos y sillas, a un extremo que la ciudad, sobre la campiña de aires puros y sanos, atrae al vecindario deseoso de orear sus frente con la humedad nocturna impregnada de los bahos marinos que la playa no lejana, envía de vez en cuando con la respiración ondulante del Océano.

Marujita rabia y patalea por ir a la Alameda, asegurando entre furiosos

abanicazos que alborotan su melenita a lo *garçón*, en intermitentes balanceos de mecedora, que en el patio de su casa no se puede vivir, porque el calor del día reconcentrado en sus muros no sale ni a tres tirones de aire, aunque éste entre por la azotea y escape por la cancela.

Pero su madre sostiene lo contrario, declarando terminantemente su propósito de permanecer fiel y constante entre los brazos acogedores de su mecedora.

Estos razonamientos no enfrían la sudorosa frente de Marujita ni sus ardientes deseos. A ver, a pensar por otro lado... ¡Ya, ya lo encontró! Y cerrando el abanico, apoyando los pies en el suelo para dejar inmóvil el balancín de la butaca, propuso:

—¿Y por qué no voy con las de Martínez? Con ellas van las de García, y Lolita Sánchez, y Mercedes Pedrálvez y yo también puedo ir. Al pasar por aquí me recogen y a la vuelta me dejan. Para ellas no es molestia. ¿Les aviso?

La madre, cansada de aquella controversia, accede.

La nena ante el espejo de su tocador, ya no siente el calor, y no es la sugestión del airecillo campestre el que se lo temple, es que lucirá el vestido rosa, recién salido de manos modistiles y verá a Polito Peláez, que ni es su novio, ni quizás lo sea nunca, pero la distrae mucho y *flirtea* con ella...

—Señorita; la señora de Martínez con unas cuantas señoritas, pregunta por usted.

\* \* \*

La alameda está animadísima. Bien decía Marujita. ¡Como jueves que es!

Hay música y alumbrado extraordinario y mucha gente paseando en torno de los macizos centrales, mientras la demás, sentada en sillas o bancos, critica a los paseantes o comenta los últimos sucesos.

Como la joven pensaba sucedió; a las dos vueltas se presentó Polito, y a poco la propone aislarse en un banco retirado del bullicio, cosa que veinte años antes hubiese escandalizado a las respetables matronas de Asidollana, pero enteramente bien vista en la actualidad, aligerada de prejuicios tenidos por sensatos, aventados por los aires anglosajones empeñados en aclimatar los candores nortños bajo los ardores meridionales.

—Creí que no venía—comenzó Marujita.

—Ni yo tampoco—añadió el galán.

—¿Qué te lo impedía? —pregunta ella curiosa.

—La *panne* del auto. Esta tarde hemos ido a Santamarca. Te hubieras divertido. Vino Nini Velez; Laci Ruiz y Loló Gómez, y conmigo Pepito Suárez, Antonio Estrada y Marianito. Pasamos una tarde estupenda.

—Pero las muchachas ¿con quién iban?

—Con la carabina de Laci. ¿Para qué más?

—Mamá no me hubiese dejado ir.

—Tu madre está muy antigua; yo te eché mucho de menos. Ya sabes que estando tú no hablo con otra...

—Pero te consuelas sin esfuerzo.

—Tú tienes la culpa. ¡Si fueses siempre adonde yo voy!

—Y si tú no acndieras donde yo no estoy!

—Es que tú sales muy poco. Tu madre va a acabar por guandarte entre celosías, como en los tiempos de capa y espada; y aunque los muebles antiguos se han puesto de moda, las costumbres se modernizan cada vez más.

Marujita, suspirando:

—¡Ah! ¿No encuentras aquellos lancetes de tapadas y rodrigones muy interesantes?

—La influencia maternal. ¡No lo digo! Todavía tendré que verte en misa de alba o tras las espesas rejas.

—Puede que así tuvieras más interés por mí. A mí me parece que los hombres de aquellos tiempos se ocupaban de las mujeres más que los de hoy. Ya no se dice «por unos ojos lindos se cruzan dos espadas».

—Es que ahora somos más prudentes, y no tenemos que tomarnos mucho trabajo en buscaros—¡la verdad!—pero en cambio ustedes tienen más libertad, y salen y entran y nadie se mete con vosotras.

—¡Oh! Eso no; ya no causamos sensación. Oye, ¿has leído, «El Quijote»?

—Sí; pero hace mucho tiempo; cuando estudiaba el bachillerato nos le obligaba a leer el profesor de literatura.

—¿Recuerdas aquella doncella de la Insula Barataria a quien su padre no dejaba salir ni a misa y por ver el pueblo se fué una noche con su hermano?

—Y la curiosidad le costó ser cojida por los satélites de Sancho y regresar a su casa escoltada por la ronda.

—Pero ya ves—insiste Maruja—cómo había pie para aventuras; ¡ahora todo es tan ramplón!...

—Que te crees tú eso, por que lo ves de cerca; la distancia de los siglos engrandece los sucesos.

Las ráfagas húmedas de la sierra cercana y el no distante mar, arrullaron las horas de la noche como ebúrneo abanico de sultana, sedante caricia de la brisa sobre la atrayente esfinge del misterio.

Maruja y Polito charlaron, rieron, bromearon, admiraron chistes que eran necedades, e inventaron colmos sin pies ni cabeza, embebidos en el moderno juego del amor sin compromisos, ni consecuencias, ni sacrificios que se llama *flirt*.

De pronto la muchacha, aterrada, exclama:

—¡Ay! Han apagado las luces.

—Pues es verdad—afirma Polito.—¿Qué hora será?—y mirando el reloj.—¡La una!

Marujita poniéndose en pie de un salto:

—Y las de Martínez que no me avisan. ¡Vamos a buscarlas!

La Alameda casi desierta muestra abiertos los ojos luminosos de los cafetines en que los noctámbulos, apurando copa tras copa, esperan el amanecer...

Algunas parejas acúsanse en la penumbra por la blanca camisa de él, o el claro traje de ella...

Las de Martínez no parecen y Maruja comprende que olvidadas de ella han regresado a su casa. Tiene miedo, la evidencia de una situación tan falsa y ambigua le consterna, y decidida a salir de ella dice a su compañero:

—¡Me han dejado sola! Vámonos a casa.

Comienza a andar deprisa; por su gusto iría corriendo; pero el galán del siglo XX la detiene.

—Los dos juntos no debemos ir—ob-

serva prudente Polito—¡Que diría la gente que nos viese! Más vale que te vayas sola. Adiós.

Polito se marcha. Marujita, sola y con más miedo que antes, camina asustándose de sus propios pasos. Vuelve la esquina; el resplandor de una taberna—reflejándose en la acera hasta media calle—le da ánimo.

Avanza... Unos borrachos salen de la tienda dando gritos y traspies; Maruja espantada retrocede y entra temblorosa por otra calle sin saber por dónde va.

A lo lejos ve una lucecita que se mueve. ¡Ah! Es el sereno. La joven corre a él.

—Sereno, sereno, ¿quiere acompañarme a mi casa?

El vigilante nocturno mírala con desconfianza, pero la cara de la joven expresa tal angustia y turbación, que como los funcionarios del lugarejo ducal, préstase a complacer a la cuitada doncella.

Crúzanse con trasnochadores que entre risitas burlonas lanzan frases equívocas. Una mujerzuela grita:

—¿Oye, será una señorita?

El sereno levantando la voz:

—A callar y cada uno a su camino

A Marujita parécele en su angustia que como «el estudiante de Salamanca» camina por calles fantásticas y desconocidas.

La noche huye ante la próxima aurora, y con el perlino rocío del amanecer refresca sus crespones vaporosos; en el plácido silencio de sus horas vagas el canto de un gallo provoca el ladrido de un perro.

Marujita está ya en su calle, se acerca ansiosa a su casa adonde llega, si no escoltada por la ronda como la curiosa heroína cervantina, en la tranquila y vulgar compañía de un honrado sereno.

**Carmen Carriedo de Ruíz**

# EL PRÍNCIPE QUE CONQUISTÓ UN MUNDO Y EL QUE SE CONTENTÓ CON MENOS

POR J. ORTIZ DE PINEDO

No estoy muy seguro, lectores, de que lo que a referiros voy haya acaecido, mas tampoco me atrevería a jurar que no pudo acaecer, que lo maravilloso a primera vista no es, muchas veces, más que verdad humildísima disfrazada de maravilla para mejor cautivar el ánimo y darse a entender.

Mi cuento no es de ahora, sino de aquella edad dichosa de hadas y princesas encantadas, gnomos y magos, varitas mágicas y palacios de oro, edad que no es posible determinar en las historias del tiempo, pero que debió de abarcar la infancia del mundo, a juzgar por la ingenua condición de los seres que lo habitaban.

Sabed, pues, que en tal edad hubo un rey que tenía dos hijos, guapos ambos y tan parecidos que dijéranse gemelos. Mas si en el rostro se asemejaban, en espíritu y carácter diferenciábanse notablemente. Delio, el mayor, era osado y ambicioso; Amaro, en cambio, era humilde y prudente. No contaban entre los dos los años de Cristo, y en tanto el príncipe Delio soñaba con locas aventuras, con la conquista de un mundo que poner a las plantas de la princesa, a quien daría su corazón, el príncipe Amaro se entregaba al estudio, ganso de saber con ánimo de ser útil a los súbditos del reino.

Quiso la suerte, que pronto uno y otro pudieran emplearse en el logro de sus aspiraciones, pues que el rey murió

y los hermanos convinieron en que Amaro cuidaría de la gobernación del Estado, tan necesitada de un hombre de saber y buena voluntad; en tanto Delio correría en alas de sus sueños de conquista, mundo adelante.

Ello ocurrió al finalizar de un año, dando ocasión a que el príncipe Delio se expresase del siguiente modo:

—Con el nuevo año comenzará mi nueva vida. Al despertar la aurora de mañana, partiré con mi ejército a lejanas tierras, y conquistaré reinos que añadir a mi corona, y saciaré mi sed de gloria, y seré grande e invencible. Doce meses no más invertiré en mis hazañas, y al cabo de ellos, juro volver cubierto de laureles, y dueño de un mundo, a no dejar la vida en el campo de batalla, sin mano que la sustente la espada victoriosa.

Al sonar las doce campanadas de la medianoche en el reloj de palacio, dieron principio los preparativos de guerra. Dispúsose un ejército formidable a batir marcha; flamearon los estandartes, sonaron los clarines, las bélicas trompas; los jóvenes guerreros, ceñida la coraza, blandiendo ya la lanza, ya la espada, caballeros en briosos alazanes enjaezados, aprestáronse a la lucha obedientes al mandato de su señor; y al alborear del nuevo día, el príncipe Delio, a la cabeza de su ejército, animándolo con el ejemplo de su denuedo, partióse ilusionado y jubiloso en el hi-

pógrifo de su ambición hacia reinos distantes...

Apenas Amaro vióse dueño de la gobernación del país, hallándolo mal dirigido, pobre, atrasado, víctima de la ingratitude y las codicias de los consejeros del rey su padre, quien artrítico y débil, nada hizo por su parte para remediar aquel mal, comenzó lo que juzgaba obra indispensable, expulsando a los ministros que juzgaba torpes, nombrando otros más rectos y sabios a los que invitó a realizar, en unión suya, la política de justicia y buena administración que purificando la vida pública, la llevaría al bienestar.

Trabajo le costó al príncipe y no pocos sinsabores el hacer respetar la ley, lo mismo a grandes que a pequeños, acostumbrados como estaban a burlarla; el limpiar el país de los judíos, pues que la usura era allí carroña que todo lo infestaba; el atajar los vicios y mejorar las costumbres; el proteger las industrias y las artes y ensanchar el campo de las ciencias; el procurar la cultura de los humildes y el pan a los pobres y el trabajo a todos. Pero era el príncipe Amaro hombre de voluntad y entereza y pese a los mil obstáculos con que tropezaba su obra, a la oposición que le hacían los consejeros proscritos y aquellos que, encariñados con el antiguo estado de cosas, creían de buena fe que no era posible ponerlas remedio y más valía dejarlas como estaban; pese también a la resistencia pasiva del pueblo mismo que ejercida ante cualquier movimiento por bienhechor que fuese, en virtud de cierta desconfianza instintiva hacia los actos de los gobernantes; pese a todo y a todos,

el príncipe Amaro realizó sus propósitos, que no eran otros que el mejoramiento material y moral de su pueblo. No fué menester para obra tan hermosa, realizada en pocos meses, el echar mano de la varita mágica, tan usual en aquellos tiempos, sino de querer hacerlo quien hacerlo podía con la sola magia de su voluntad y de su tesón, que lo mismo entonces que ahora son varitas milagrosas; mas no por eso dejó de parecer virtud o poder de talismán la obra llevada a cabo por el príncipe, que también entonces como ahora suele achacarse a milagro o prodigio sobrenatural lo que está fuera del uso y la costumbre y la rutina.

Delio, en tanto, había traspuesto las fronteras del reino con afán conquistador, y merced a la pujanza y bravura de su ejército, que no hallaba obstáculo ni en muros, ni en hombres, había ido ganando pueblos y ciudades, luego de muchos combates, que si mermaban sus huestes cubríanlas de continuos laureles.

Al cumplirse el año de su promesa entraba triunfante por las puertas de la corte. El pueblo alborozado, le aclamaba, habiendo dispuesto para recibirle arcos y músicas, coronas de laureles, insignias de oro y pedrería, emblemáticas del valor y la victoria. Durante varios días celebráronse grandes fiestas en honor de los bravos guerreros y el pueblo, enardecido, más pensaba en el príncipe conquistador que en el que sin sangre y sin ruido, había hecho la felicidad de la nación.

Cuando a su llegada al real palacio el príncipe Delio volvió a encargarse de las tareas de la corona, dijo arrogantemente a su hermano:

—Heme aquí, de regreso a mi reino, cumplida mi palabra de ensanchar mis dominios en el breve espacio de un año. Y aun te digo que, no contento con mis conquistas de ahora, he de salir a librar nuevas batallas y añadir nuevos dominios a mi corona. Tú mientras tanto, hermano, ¿que hiciste en mi reino?

Y el príncipe Amaro contestó humildemente:

—Menos grande que tú, me he contentado con procurar la paz de la nación y el bienestar de los súbditos.

Más hubo de aparecerse, súbito, cier-

to geniecillo que, no contento sin duda con una y otra declaración, se expresó de este modo:

—Calla, Delio, calla tus arrogancias delante de tu hermano. No oses comparar tu obra con la suya. ¿Qué vale aquélla junto a ésta? Mejor que guerrear con victoria, es vivir con paz... Mejor que conquistar un mundo es crearlo... Y eso hizo Amaro, que en punto a sus dones y a sabiduría supo hacer mejor magia que yo mismo, mago de nacimiento que soy...

**J. Ortiz de Pinedo**

---

Algunas personas, conscientes del bien que difunden con la lectura de LETRAS REGIONALES, nos han honrado adquiriendo números de la Revista para repartirlos en Colegios, Ateneos, Cuarteles, etc. Su ejemplo merece ser imitado.

---

# O F R E N D A

POR AMADOR MONTENEGRO  
SAAVEDRA.

Montañas verdosas que el pino corona,  
Valles y llanuras que surcan cien ríos,  
Playas que se extienden  
Y un mar que el alarde hace de sus bríos  
Contra los agudos cortados cantiles,  
O que en la rivera muere entre suspiros.  
Bosque impenetrable de robles y encinas  
Entre cuyas ramas esconden sus nidos  
Aves infinitas, que en variados tonos  
Elevan sus himnos.

Sotos de castaños, largas praderías  
Que saltando cruzan riegos infinitos,  
Y en los que apacientan el manso ganado  
Tiernos pastorcillos.

Mil gratos aromas, aires musicales  
En que se confunden en concierto místico,  
De la gaita, notas,  
De las aves, trinos.

Ecos de torrentes que se precipitan,  
Murmurios de arroyos y del mar bramidos,  
Cuevas encontradas en que las consejas  
Vida dan a brujas, trasgos y vestiglos,  
Ruinas de conventos,  
Restos de castillos,

*Pazos* que ayer fueron de rancia nobleza  
Espléndido asilo;

Torres en ruinas, que como jalones  
De heroica defensa marcan el camino,  
Y entre la verdura y entre peñascales,  
Iglesias rurales, blancos caseríos

Y por todas partes  
Pueblos escondidos.

Esto, a grandes rasgos, es mi noble tierra,  
De mis ascendientes el hogar bendito,  
Campo de cien luchas, patria de mil héroes,  
Cuna de mis hijos.

En las avanzadas del antiguo mundo,  
Donde ya principia lo desconocido,  
En el mar entrando la ruta señala  
De otros continentes al audaz marino,  
Y entre dos naciones de gloriosa historia  
Providencialmente cumple su destino;  
Que si un día, acaso no lejano, se unen  
Los pueblos hispanos, tras haber cumplido  
La misión sublime

Que en la historia tienen hace veinte siglos,  
De sello rodado, de dorado broche,  
De irrompible lazo, de mejor testigo  
Servirá Galicia, la región que puso  
Dios entre ambos pueblos con tan noble oficio:  
Las mismas costumbres, idéntica historia,  
Un lenguaje mismo...

Lusos y gallegos nunca una frontera  
Vieron en el Miño.  
Y si de Castilla

Montes nos separan ásperos y altísimos,  
En lugar de valla, senda y lazo de ellos  
De mis ascendientes hizo el patriotismo.  
Hoy que Andalucía sus brazos nos tiende  
Y en un pensamiento sin duda cultísimo,  
Las Regiones todas quiere que en un canto,  
Igual y al unísono,  
Ensalcen a España  
En patriótico himno,  
No será Galicia la que no responda,  
Con afecto íntimo.

¡Hurra! por la patria del sol y las flores,  
¡Hurra! por la tierra del mar y los ríos  
¡Hurra! por las nobles provincias hermanas  
A las que sostiene un elevado espíritu,  
Y ¡hurra! por España, de cuya bandera  
A la sombra viven mil pueblos unidos.  
Córdoba, la bella corte de Califas,  
Centro de la ciencia y el poder musulmico;  
Córdoba, la patria de la poesía,  
En tu iniciativa noble te bendigo,  
Y de mi Galicia, la tierra encantada  
    Del mar y los ríos,  
Como noble ofrenda recibe del alma  
    Fraternal cariño.

**Amador Montenegro Saavedra**

Vigo, Septiembre, 1925

DEL FOLK-LORE DE ASTURIAS

# LA DANZA PRIMA

POR C. CABAL

De las danzas asturianas, la danza prima es la de más historia; y aún se discute su origen. En ella, hombres y mujeres se enlazan por el meñique, y giran con lentitud al ritmo de su cantar, y confluyen hacia el centro, y al punto retroceden a la vez... El pie izquierdo siempre fijo: un paso hacia adelante, otro hacia atrás, y marchando a la par a la derecha. El cuerpo, al avanzar, se inclina un poco, y al retroceder se yergue; y las manos, ondulando, al avanzar se levantan y aproximan. Los movimientos, cadenciosos, graves, están llenos de armonía, serenidad y belleza; al amparo de su hechizo, todos los hombres que danzan parecen arrogantes y gallardos, y hermosas y graciosas todas las mujeres... La misma monotonía de su canto y de su danza, en vez de fatigar el interés, lo despierta, lo acucia, lo transforma, haciéndolo recogerse en la meditación y la pureza, porque ni en este cantar, ni en este girar, hay una sola gota de perfume que se pegue a los sentidos, ni una sola sombra de carnalidad que oscurezca el pensamiento. La danza prima huele a ceremonia, a liturgia y a oración...

Al bailar la danza prima se llama «estavillar» en varias partes, porque el romance que se canta en ella, generalmente, es el que empieza así:

—Ay, un galán de esta *villa*,  
ay, un galán de esta casa,  
ay, él por aquí venía,  
ay, él por aquí pasaba...!  
—Ay, diga lo que el quería,  
ay, diga lo que él buscaba...!  
—Ay, busco la blanca niña,  
ay, busco la niña blanca,  
que tiene voz delgadina,  
que tiene la voz delgada,  
la que el cabello tejía,  
la que el cabello trenzaba...!  
—Ay, trenzadicos traía?  
Ay, trenzadicos llevaba...?  
Ay, que non l'hay nesta villa...!  
Ay, que non l'hay nesta casa,  
si non era una mi prima  
si non era una mi hermana,  
ay, de marido pedida,  
ay, de marido velada...!  
Ay, bien que hora la castiga,  
Ay, bien que la castigaba,  
Ay, con varas las de oliva,  
ay, con varas las de malva...  
Es la causa otra su amiga,  
es la causa otra su amada,  
que la tien allá en Sevilla,  
que la tien allá en Granada...  
—Ay, diga a la blanca niña,  
ay, diga a la niña blanca,  
ay, que su amante la espera,  
ay, que su amante la aguarda  
al pie de una fuente fría,  
al pie de una fuente clara

que por el río corría,  
que por el río manaba,  
donde canta la culebra  
donde la culebra canta... (I)

Llevan el canto los de mejor voz, y a cada estrofa les responde el coro, repitiendo media copla o entonando un estribillo...

Se dice de los íberos que celebraban fiestas especiales a la gloria de sus dioses; y en ellas, juegos guerreros, y combates y carreras. Y se supone de la danza prima que es reliquia probable de los juegos. El autor que lo supone deriva la voz «prima» de «pra» — herir, raíz de «pramatha», sánscrito, homicidio (2), y los que piensan como él, recuerdan que, antes, los hombres empuñaban un palo

(1) Eduardo M. Torner. *Cancionero musical de la lírica popular Asturiana*, Madrid, 1920, 65. Este libro es fuente única para esta clase de estudios, y por eso hablo sólo de los bailes cuyo interés religioso hace falta precisar. Agregó, sin embargo, esta notita acerca del «perlindango», que tiene este estribillo misterioso:

—Perlindango, dango,  
perlindango, dingo,  
ese perlindango, dango,  
tráxolu el mío Mingo...

Dicen que el perlindango era un mandí... Y en este «Baile del pastoral», anónimo— N. Bib. de Aut. Esp., XVIII—, 473, hay un cantar que dice de este modo:

—En mujeres firmeza  
y en hombres dicha,  
chiqui, chiqui, morena, hola, ao,  
son dos cosas que faltan  
en esta vida;  
con el *dingo londango*,  
verdad es lo que digo,  
no hay que dudarlo...

Se trata de una nota, y nada más...

(2) Costa: *Poesía pap. española y Mitología y literatura celtohispanicas* Madrid, 1888, 256.

en esta danza, y la acababan empujándose hacia los costados de la misma y envolviéndose a estacazos.

El sacar «prima» de «pra» pasa de insostenible sutileza; el que los hombres empuñasen palos no significa necesariamente el recuerdo de las lanzas, y el que el «estavillar», generalmente, se terminase en paliza, no tiene nada de característico. Los «sidros» salen a representar, y llevan palos; los «aguilanderos» salen a pedir el aguinaldo, y llevan palos; los mozos salen de ronda, y llevan palos... Y antaño, en noventa y nueve casos contra ciento, sidros, aguilanderos y galanes ponían punto final a sus trabajos armando una de todos los demonios...

La paliza, en otros tiempos, era una institución, o una costumbre. Y al bailar en Asturias la danza prima, había paliza porque gritaba un danzarín:

—Viva Piloña ..! O viva Pravia...! O viva Ribadesella...!

Y porque otro contestaba:

—Muera Piloña...! O muera Pravia..! O muera Ribadesella..!

Pero gritos semejantes se daban asimismo en las «sidradas», y en los aguinaldos, y en las romerías, sin danza de ningún género, y donde quiera que se reunían cuatro mozos de sangre tumultuosa. En las romerías gallegas los gritos eran distintos:

—Viva Arteixo...!

—Ei, os de Loureda...!

—Aquí está Barrañán...!

Los gritos distintos, pero los garrotazos iguales.

Y cierto que en cuanto se juntaban unos cuantos aguadores asturianos en la pradera madrileña del Corregidor a

bailar la danza prima, formaban «bandos en defensa de sus Concejos», y dándoles a sus «palos o estacones», armaban trapatiestas imponentes, que motivaron la intervención de las autoridades y el que éstas penaran «irremisiblemente» con «seis años» de presidio a cualquiera que volviera a las andadas (1). Pero también es cierto que esto sucedía a cada triquitraque, no ya en praderas como la del Corregidor, y entre asturianos, sino aun en Universidades como la de Salamanca, y entre mozos de diversas procedencias. Porque bastaba que se celebrasen unas oposiciones y que se conocieran los lugares a que los triunfadores pertenecían, para que inmediatamente comenzaran a gritar los estudiantes:

— Victor Mancha...!

— Mancha Victor...!

— Victor Campos...!

— Victor Madrid...!

Estos, los vivos; y después, los mueros;

— Cola Mancha...!

— Licenciado

campesino, Campos cola...!

— Mientes...!

Yo te doy de palos...!

Y, en efecto, se los daba que era un gusto... (2)

No hay, pues, datos que permitan considerar la danza prima como un «juego guerrero» primitivo. Y hay quienes la relacionan con la danza cir-

cular de que habla Homero (1), y quiénes con la Chorea de que habla San Isidoro, y quiénes con la Pirrica de que Atheneo habla... Y hay quienes se la imaginan parodia del ceremonial empleado en el juramento de los reyes godos.

Falta la opinión de un músico, que estudió muy a fondo estas cuestiones; la cual opinión sostiene que esta danza «fundamentalmente en nada se diferencia de todas las demás usadas en la provincia». «La manera de efectuarla es la misma, y si los movimientos se ejecutan con un arte algo más vivo... depende solamente de su construcción melódica.» Así, pues, el origen de esta danza se parece al de todas las demás, y es sin duda «litúrgico-cristiano», ejecutándose ella con ocasión de las festividades religiosas, alrededor de la ermita, después de la misa celebrada en las primeras horas de la mañana. Su mismo nombre de «prima» parece significar que se bailaba a tal hora, y «prima» se llama también la cora canónica mañanera que se canta después de laudes.

Hay un detalle importante que se alega también en este caso: en el estribillo de la danza prima se invoca a la Virgen, se acude a Santiago, se llama a San Pedro... Esto ya hizo pensar a Jovellanos que tal danza procedía del tiempo de la gentilidad, y que lo cantado en ella se alternaba con himnos a los

(1) Ley XVIII. Tít. XIX. Lib. III. Nov. Recop. La cita J. M. Pidal: *Poesía popular*—Madrid, 1885, 67.

(2) Rojas Zorrilla: *Lo que quería ver el Marqués de Villena*. Biblioteca Aut. Esp. LIV. 318,320.

(1) Máximo Fuertes Acevedo: *Bosquejo acerca del estado que alcanzó en todas épocas la literatura en Asturias*. Badajoz, 1885. 14 Y copia a continuación los v. 590 y sig. del canto XVIII—de la *Iliada*—, trad. de Hermosilla. Sobre las demás opiniones, V. J. M. Pidal: *Poesía pop.*, 68.

dioses; y esto hace ahora suponer «que el romance que va desarrollando el director de la danza era antaño religioso, y fué luego suplantado por el que se canta hoy, conservando el estribillo». En cuanto a la melodía, tiene idéntico carácter que la que se entona en Llanes durante las procesiones de la Asunción y la Resurrección... (1).

Este carácter de la melodía, de esencia gravemente religiosa, ya ha sido señalado varias veces: «muy semejante al cantollano» — dicen unos que es; «harto parecida al canto litúrgico» — dicen otros (2). Y ahora se ha de advertir que por su forma, el romance cantado en esta danza tiene las características de las canciones de amigo: existe en él ese paralelismo tan del gusto del pueblo de otro tiempo, de los magnates y de los juglares:

—Ay, un galán de esta villa,  
ay, un galán de esta casa...

La igualdad o semejanza de los versos, que pone en armoniosa relación asonancias, pensamientos y vocablos, se usaba con preferencia en los cantares de los bailes de corro, y parece un reflejo de los himnos espirituales cantados en las iglesias primitivas, relacionados a su vez con la exergasia o paralelismo de la poesía hebrea, olvidado durante varios siglos, y hallado de nuevo al fin por el Dr. Lowth, de la Universidad de Oxford. La «obra principal maestra» (3) de esta vieja poesía de los juglares his-

panos, le pertenece a Meendiño, que duerme en la absoluta oscuridad. Y en ella hay una muchacha que se va de Romería con el fin de toparse con su amado, y que no lo encuentra allí. Así se queda sola y amargada sobre una peña del mar:

—Sedia m'en na ermida de S. Simón,  
e cercáronme as ondas que grandes son;

eu atendend'o meu amigo,  
eu atendend'o meu amigo...

Estando na ermida ante o altar,  
cercáronmi as ondas grandes do mar:

eu atendend'o meu amigo...

E cercáronme as ondas que grandes son,  
e non ei barqueiro nen remador:

eu atendend'o meu amigo...

Cercáronme as ondas do alto mar,  
e non ei barqueiro nen sei remar...

Esta es la joya del género, y el amor que ésta celebra el que celebran las otras, y el fin que llevó a esta moza a San Simón, el que llevaba a todas las demás: el fin de ver al amigo, el de cantar con su amigo, el de bailar con su amigo... Y sus cantos decían estas cosas, y esto induce a suponer que sabiendo a sustancia religiosa la melodía de la danza prima, y teniendo la forma del romance con que se la acompañaba el contacto con la forma de los himnos religiosos que las demás canciones de su género, el fondo del romance era pagano. No hubo suplantación, por consiguiente, de un tema cristiano, antiguo, por uno nuevo, amoroso; el tema fué, sin duda; siempre el mismo, por lo menos en su esencia, concentrándose tan sólo la piedad de quienes lo contaban en la danza, en nombrar a los santos en el estrambote.

\* \* \*

(1) E. M. Torner: *Canc. cit.*, 226.

(2) *Recuerdos de un viaje por Esp.* Anónimo. Madrid, 1849. 2.<sup>a</sup> parte, 90. Y J. Menéndez Pidal: *Ob. cit.*, 66.

(3) Ramón Menéndez Pidal: *Estudios lit.* Madrid. S. a. 265.

Ahora bien, las principales características de la danza prima parecen revelarla como una danza consagrada especialmente a Diana. En este caso, la gravedad de su melodía, clorosa a liturgia, bien puede ser un reflejo de la primitiva melodía ibérica, que respondía sin duda al grave significado de la diosa. Y el tema de su cantar, oloroso siempre a amor, en este caso puede ser continuación del tema antiguo, que por sólo oler a amor, era ya religioso. Diana era la diosa de los amores puros, protectora de las meninas enamoradas. Y así el canto pagano de la danza hablaría del amor, como el actual, y lo que en los modernos estribillos cristianizados es invocación extemporánea a la Santísima Virgen, sería entonces invocación natural a la pagana diosa de la noche.

Y he aquí que eran precisamente las de la noche, las horas hasta hace poco preferidas para bailar esta danza. Fiestas y romerías tienen vísperas, y en las vísperas, «hogueras», y cantares, y bailes hasta las primeras horas del amanecer. Y entonces se «hace la danza», cuando llega el momento del descanso y van tiñendo la noche las lentas suavidades de la luz. La danza es la despedida y rueda por las calles del lugar, y cruza ante las puertas de las casas para que cada cual entre en la suya. Hora prima: danza prima. Y la hora «prima» es cuando brilla más la estrella de la mañana y cuando la alborada abre sus lumbres, y cuando empieza el toque en los cuarteles. Es decir, es cuando todo estaba henchido de Diana en la edad del paganismo, cosa que los italianos recuerdan todavía llamando a la estrella de la mañana «Stella Diana», y los fran-

ceses llamando a la Alborada «Diana» y los españoles llamando a ese tocar de los cuarteles «tocar a Diana».

Dicen autores de ayer que eran siempre las mozas más hermosas las que llevaban la voz, y que no danzaban en el mismo corro los hombres y las mujeres.—Existía un corro de hombres—dice D. Fermín Canella en hoja que en Oviedo publicó en 1906—y dentro de éste un corro de mujeres, y dentro de éste aun, otro de niños...—Este es el tipo antiguo de la danza, y acaso el original. La selección de las mozas que habían de llevar el canto, responde perfectamente al ritual que pudiera apetecer una diosa como Diana, la «Kaliste» —la hermosísima—. Y es además el caso que estas mozas loadoras del amor, habían de ser todas ellas «solteirinhas namoradas» (1), dato que también responde a una diosa virginal, protectora de las vírgenes que escondían en el alma el sentimiento amoroso. Este carácter de Diana no ha desaparecido todavía, y en Saint-Pardoux-la-Rivière, aún le dicen las vírgenes así:

—Oh lune, oh belle lune...!

De mond pied droit je te salue,  
je te prie de me faire voir en songe  
l'époux que j'aurai en ce monde...! (2)

Y en Andalucía cantan:

—Cerco tiene la luna,  
mi amante es muerto:  
no miro para ella  
de sentimiento...!

(1) Carolina Michaelis de Vasconcellos: *Cancioneiro de Ajuda* Edicáo critica e comentada. Halle, 1904. II, 915.

(2) G Rocal: *Les vieilles coutumes devotieuses et magiques du Perigord*. Tolosa, 1922, 18.

Y en Asturias, los recuerdos, los deseos, las miradas de los enamorados en la ausencia, van a juntarse en la luna...

El detalle de los niños que danzaban en el centro, responde a Diana también: a Diana, la «philomira»—amiga de los adolescentes, y la «nutrix puerorum»—nodriza de los niños... (1) Y si se quiere que el palo que llevaban antaño los danzantes significara un arma alguna vez, a esta Diana también le convenía; porque esta Diana, la Luna, sencillamente la Luna antes de que influyeran en el mito las confusiones de Roma, era diosa de la muerte y ordenaba las cosas de la guerra...—Oh, Hécate—le decían los himnos Orficos para celebrar su empuje—tú posees los hilos de las Parchas...! (2). Y los antiguos pueblos belicosos buscaban para entrar en el combate los días del plenilunio (3) que eran sin duda los días en que la diosa propicia los ayudaba más en el degüe

(1) Pausanias Lib. VI, cap. XXIII, y Diodoro Siculo. Lib. V. cap. LXXIII.

(2) *Hymn. Orph.* Miller. *Mélanges litt. Gr.* París. S. a. 454.

(3) César: *De bello gal.* Lib. I, cap. L. Se refiere a los germanos. Los espartanos negaron su ayuda a los atenienses cuando éstos se la pidieron para ir a combatir en Maratón, porque no había luna llena. Es fácil que los astures se atuvieran también a esta costumbre.

llo... «Il», término vasco, es «muerte»; y en dicción de esta lengua, «Illargi» luna. «Illargi»—dicen algunos—significa «luz de muerte» (1).

La danza prima... de noche... con niños, mujeres, hombres... cruzando ante las puertas de las casas... La traducción latina de Estrabón en la edición de Amsterdam, se expresa de esta manera, refiriéndose, entre otras, a la población astur: «... Innominatum quendam deum noctu in plenilunio ante portas cum totis familiis choreas ducendo, totamque noctem festam agendo, venerari...» (2)

La danza prima, danza religiosa en obsequio de un dios innominado. Los dioses, en Eleusis, tenían nombre, mas nadie lo pronunciaba, y los llamaban así: «la diosa», «el dios»... En la Arcadia, la diosa de la tierra tenía su nombre también, mas siempre la llamaban «la señora», y sólo los iniciados lo sabían... Esta regla era corriente en gran número de pueblos, por razones de magia y de temor... El nombre de la luna, dios de muerte, sin duda por razones de temor, también debió ser secreto de los primeros astures.

### C. Cabal

(1) *Monografía de Asturias.* Oviedo 1899. 105.

(2) Lib. III, pág. 249. 1907. Notas de Casaubon y otros autores.

# EL HOMBRE DE LA BARBA BLANCA

POR NARCISO DIAZ DE ESCÓVAR

España atravesaba un periodo de crisis.

La guerra civil había agotado el tesoro público y los particulares, víctimas de empréstitos, contribuciones y arbitrios, se hallaban en la ruina.

Las pérdidas sufridas por los propietarios de los terrenos donde la lucha fratricida tuvo ancho escenario, repercutieron en otras provincias y todo se volvían quejas y lamentaciones.

Se conspiraba en todas partes lo mismo por militares que por paisanos y el rigor con que se aplicaban las leyes, no servía de ejemplaridad. Los fusilamientos menudeaban, el verdugo nunca estaba ocioso y los mártires eran fruto de cada día.

Por otra parte la disciplina militar se iba relajando, sin que bastasen energías de los Jefes para contener aquella avalancha de rebeldía. El ejército no sólo estaba mal pagado sino que hasta carecían de ropa los soldados, como pudo apreciarse en cierta revista que se llevó a cabo en una populosa ciudad andaluza, donde los soldados se presentaron liados en mantas por no tener uniforme.

A su vez los Oficiales para sostener sus obligaciones, como se les debían varias pagas, tenían que recurrir a préstamos o se dedicaban a negocios que por las Ordenanzas les estaban prohibidos.

Como Málaga era una de las poblaciones donde los motines y las subleva-

ciones eran más frecuentes y más importantes, el Gobierno acordó enviar allí a cierto general, del género de ordenancistas apurados, capaz de fusilar a su propio padre si no cumplía con la Ley y hombre que no esperaba en frontera.

Apenas se posesionó del Gobierno Militar y se enteró que la disciplina andaba por las nubes, imprimió una circular amenazando con toda clase de rigores a los infractores de lo dispuesto por su autoridad.

Sabía que el vicio del juego era moneda corriente entre los oficiales de su guarnición. Una mañana los reunió a todos en el cuartel de la Merced y tras un discurso nada elocuente pero sí terrorífico, terminó diciendo:

—Y sepan Vdes., señores oficiales, que todo aquel que coja un dado, una carta, o un dominó, será sujeto a un Consejo de Guerra y perderá la carrera. Estoy dispuesto a que no se me tome en broma, como tomaron a mi antecesor, un militar muy valiente en campaña, pero un Juan Lanas cuando se trataba de imponer su autoridad.

Como el juego es un vicio y los vicios cuando tienen raíces no se arrancan con tanta facilidad, el general se enteró que no era obedecido y que a escondidas seguían jugando sus subordinados.

Lleno de rabia llamó a los coroneles y los hizo responsables de las faltas del personal de sus Regimientos.

Había en la calle de Granada un café que se llamaba el *Café sin techo*, pues la mayor parte del local estaba bajo una parra, sitio frecuentado por la buena sociedad los veranos para tomar deliciosos sorbetes, especialidad de la casa.

En una de las habitaciones altas se reunían todas las noches uno cuantos Oficiales y varios paisanos y armaban su partida de Monte, no sin que dejasen a los asistentes en la escalera por si veían llegar algún Jefe.

Una de aquellas noches la partida había llegado al grado máximo. Los pesos Isabelinos iban de un lado u otro, no faltando también sus monedas de oro, aunque las puestas de los militares solían ser modestas.

Entre los jugadores había un viejecito encorvado de barba blanca, y gafas azules que después de varias jugadas de fortuna, exclamó:

—Copo a la Banca.

El banquero que era un Capitán de

Lanceros, torció el gesto, pero por no hacer el ridículo, dijo.

—Aceptado.

Y las cartas favorecieron al viejecito y la Banca quedó copada.

El afortunado jugador se hizo entonces banquero y la partida creció poco a poco, llegando nuevos jugadores.

Más de media hora siguió el juego, pero de pronto el banquero, dando un puñetazo sobre la mesa, exclamó.

—Señores, el juego ha terminado. Nadie toque una moneda de las que hay en la mesa.

Uno de los oficiales echando mano al sable gritó.

—¿Y quién es usted para imponerse a todos?

El viejo banquero se irguió, arrojó las gafas azules, se arrancó de un tirón la barba blanca, y exclamó.

—Soy el Comandante General, y militares y paisanos quedan arrestados y a mi disposición.

**Narciso Díaz de Escovar**

# CÁCERES

POR S. RAMOS ALMODÓVAR

Cáceres: en tu campo, la llanura  
se tiende amodorrada y perezosa.  
Desde tu alcázar veo Extremadura.  
El suelo vibra ardiente; no es la fosa,  
es el lecho en que goza de su hartura.  
La tierra no se ha muerto, es que reposa.  
El sol dora las cumbres. Luz de hazaña  
alumbra el viejo corazón de España.

Extremadura ha sido el fundamento,  
el corazón enérgico y fecundo.  
Aquí elevó la Patria el monumento  
de su unidad gloriosa, que dió al mundo  
tremante, fervoroso rendimiento  
del caudal de su Fe, ancho y profundo.  
Que es Guadalupe, sacrosanto nido  
en que España a sus glorias ha nacido.

Raza extremeña, cual la encina dura:  
en tus viejas mansiones señoriales  
perpetúas tu afán por la aventura.  
De gigantes guerreros colosales,  
la piedra berroqueña es armadura.  
Soñando siempre sueños inmortales  
hasta el Cielo subir tú pretendiste,  
y con Pedro de Alcántara subiste.

Viajero que traspones los umbrales  
de la noble ciudad, rancia y austera:  
ésta Cáceres es: hijos leales  
siempre a la Patria dió, que donde quiera,  
duros, como los duros pedernales,  
sus pechos, llenos de arrogancia fiera,  
pusieron de muralla y embotaron  
las armas que a rendirlos se lanzaron.

En estos venerables caserones,  
de severa adustez, moles gigantes,  
vivieron hijo-dalgos e infanzones:  
los de locas quimeras deslumbrantes,  
los bravos y los ínclitos varones  
que el mundo, absorto, contempló triunfantes.  
En sus magnos Palacios, bien se pudo  
labrar, en cada piedra, un nuevo escudo.

Cáceres: cuna heroica do naciera  
la Orden Militar de la hidalguía:  
la Orden arrogante y altanera  
de tus Fratres famosos, que de guía  
al Caballero Apóstol eligiera,  
y, en blanco, roja cruz, de enseña pia.  
La Orden de Santiago valerosa,  
que hizo Cruz de la daga belicosa.

Bajo tu cielo espléndido nacieron  
los Ovando, los Torres, los Andrada,  
y Sancho de Paredes, a quien dieron  
los Católicos Reyes, señalada  
muestra de gran estima, y le escogieron  
para merced muy alta y encumbrada  
de ser con sus consejos luz y gloria  
del reinado más grande de la Historia.

Diste en tu seno generosa vida  
a Flores, a Solís, a los Golfines,  
y a tantos capitanes, que extendida  
dejaron su memoria en los confines  
de la Patria por ellos difundida.  
De España y de su Fe son paladines,  
la mitra de Francisco de Rivera,  
la espada del marqués de la Piovera.

Oh, Cáceres: ¡qué luz se difumina  
por entre tus altivos torreones,  
cuando es clara la luna, e ilumina  
los nobles, centenarios caserones!  
Como flor de los siglos peregrina,  
en el alma levanta evocaciones  
la mágica leyenda no olvidada  
de la hija del kaíd encantada.

Adusto, fuerte, recio, vigoroso,  
 es de tus campos, Cáceres, el suelo.  
 Así es también tu espíritu glorioso.  
 Pero, entre esa aspereza, el santo anhelo  
 florece, de tus sueños. El coloso  
 que vibra en tus entrañas, rasga el velo  
 tupido que te vistes, y ternuras  
 nos muestras, y dulcísimas dulzuras.

¡Oh el raudal de sentires y emociones,  
 de amor y de deliquio sacrosanto,  
 que mana de las bellas oraciones  
 rezadas a la sombra de tu manto  
 —refugio para todos los perdones,  
 consuelo de pesares y de llanto—,  
 Virgen de la Montaña! Quién cantara  
 cual Hurtado y Galán, y te ensalzara.

Como hidalgo español siempre tú eres  
 hospitalario, afectuoso, llano.  
 A traición y en la sombra, nunca hieres.  
 Siempre al que está caído das la mano.  
 Son, pueblo cacereño, tus mujeres  
 deidades del hogar noble y cristiano.  
 Yo pondría en tu escudo, una campuza  
 que por el arco de la Estrella cruza.

Cáceres: en tus plazas silenciosas,  
 cercadas de mansiones medievales,  
 sobre el viejo empedrado, cuya losas  
 festonea la hierba, señoriales  
 levántanse en la noche, esplendorosas  
 figuras de guerreros espectrales.  
 Y a un león, en lo alto de una almena,  
 le he visto sacudirse la melena.

Todavía respírase en tu ambiente  
 la santa rebeldía de tu fuero.  
 Lo mismo en la nobleza que en la gente  
 del pueblo tuyo, siempre caballero  
 el cacereño ha sido, en cuya mente  
 no cupieron ideas de escudero.  
 Cáceres: a los Reyes diste leyes:  
 tu Fuero era más fuerte que los Reyes.

Con palabras muy breves, narraría  
el poeta lo largo de tu historia:  
...érase una ciudad noble y bravía,  
que luchando no más que por la gloria,  
siempre gestas vivió de bizarría,  
y nunca las retuvo en la memoria;  
su escudo es un león con un castillo:  
jamás el tiempo empañará su brillo.

Viajero que traspones los umbrales  
de esta hidalga ciudad, rancia y austera;  
lo mismo que en las santas catedrales,  
híncate de rodillas, y venera  
estos muros heroicos y leales  
donde España ha erigido su bandera.  
Esta tierra que pisas, es sagrada:  
bendita por la Cruz, con una espada.

**S. Ramos Almodóvar**

# EL ALMA DEL MAR

POR MANUEL HUERTA MARIN

—¡Ay ené ve! ¡Ay ené ve! (1)

El viento, trajo a mis oídos estas frases, a las que el sitio y el momento, daban un tinte trágico y sombrío.

Había detenido mi paseo en un vericuetto de los acantilados de Sopelana. La belleza del Cantábrico, suelto, sin trabas ni montañas opresoras, se sentía allí en toda su integridad y pureza. Rompían las olas en las rocas con estrépito, llenando sus anfractuosidades de algas, y coronándolas de espumas. Se veía también desde mi observatorio la playa «Salvaje» con su caritativo cartel indicador de ignorados peligros.

Al fondo, mar, mucho mar y cielo maravillosamente azul, que allá en el infinito iniciaba la suave comba en que engañosamente parecía terminar la inmensidad.

Y detrás de aquella comba, los caminos misteriosos del mar, las rutas por que respiran los príncipes Fantarios; almas que van siempre tras la aventura y la quimera.

—¡Ay ené ve!

Trajo otra vez el viento estas palabras, que en aquella soledad, se me antojaba llamada premiosa, grito de alma dolorida. Era la voz de mujer. Mi espíritu, exaltado sin duda por la grandiosidad del cuadro que a mi vista se ofrecía, me hizo oír en aquella voz, ternura,

desesperación, dolor, quién sabe qué ignoradas tragedias.

Miré a mi alrededor. Ni un ser vivo en las cercanías. A lo largo de la costa, los acantilados presentaban de pronto un saliente, una especie de cabo, que se internaba pocos metros en mar.

Detrás de aquella cortina pétrea, se oía la voz angustiada.

Escuché un rato en silencio. Sólo llegaba hasta mí el grito peculiar de las gaviotas. Disponíame ya a volver para atrás, cuando sonó más cerca de mí la llamada llena de terrores.

—¡Ay ené ve! ¡Alma! ¡Es mía... mía!

Sentí ya un profundo malestar. Esta vez, había desesperación infinita en aquella voz, lágrimas, trémolos de amargura.

Dejé mi observatorio. Saltando de roca en roca, haciéndome daño en pies y manos, resbalando en el musgo gelatinoso de las peñas, traspuse la barrera de piedra, lleno de afán por descubrir el misterio. A mi paso, huían los cangrejos en todas sus variedades—calamarreros, zapateros, sabayos y patalis—a esconderse en los agujeros.

Allí, el estruendo del mar era imponente. Al chocar las olas en el pequeño cabo, estallaban como impulsadas por gigantesco torpedo, elevando sus crestas, como si buscaran fundirse con los altos cielos. Y luego al caer en cataratas de espumas, se retiraban para volver de nuevo a batir con estrépito furio-

(1) Exclamación familiar vasca, sin correspondiente en castellano.

so el obstáculo tradicional, fijas en su idea de empequeñecerlo, reducirlo a la nada, pulverizarlo.

También allí, contemplaba yo solo el divino espectáculo. Ni un ser viviente aliviaba la soledad solemne y terrible que empezaba a pesar sobre mí con un vago terror supersticioso.

Mil pensamientos se apoderaron de mi espíritu. Sin saber por qué pensé que aquella voz, esperaba otra, que había de llegar, no de la tierra, no de los picachos ni de los blancos caseríos, que como palomas dormían presididos por la Cruz, en los estrechos valles de aquella bendita tierra vasca. Aquella voz, esperaba según mi fantasía, otra voz de niño, de ángel, perdido en aquel cielo o en aquel mar...

—¡Voy amá! ¡Voy amá! (1)

No sé de dónde salió. De improviso pasó ante mis espantados ojos, una mujer desmelenada, con la falda hecha jirones, con los ojos brillantes de fiebre presididos por la locura.

Sus pies descalzos, saltaban de pico en pico con increíble rapidez, sin apoyar los brazos que se extendían hacia el mar con ademán trágico.

Quise detenerla. Pero ella, sin verme, siguió su carrera lanzando un grito de dolor, que ahora rebotaba de roca en roca, devolviéndolo implacable, hasta lanzarlo a los abismos del ancho mar, donde se extinguía, apagado en la batahola de las aguas.

—¡Ven...! ¡Alma mía!

\* \* \*

(1) Mamá. En boca del niño vasco, esta palabra, es de una dulcísima ternura.

Bajo el ancho atrio de aquella típica casa vasca escuché pocas horas después la historia de aquella pobre mujer, que de tal manera acongojara mi alma.

Era aquel atrio para mí, como un remanso de paz. Bien situado al abrigo de los vientos, la familia vasca, vivía allí sus más dulces horas. Sobre la puerta de entrada, como en las cuatro paredes exteriores, campeaba la Cruz, hecha con cal blanquísima renovada todos los años como una purificación del alma.

Se dominaba todo el valle. Allí cerca, Berango con su esbelta torre, parecía dormir el sueño ancestral de las aldeas seculares. El alegre y elegante caserío de la aristocrática Algorta, se extendía junto a la playa como una atalaya del mar. Y cerrando el valle, las humildes casas de Getxo, y los montes de Larra-basterra que ocultan en sus cañadas las aldeas pintorescas de Sopelana y Urdu-liz.

Aquella tarde, relaté a la familia amiga, la aparición trágica. Y el jefe de la casa, con su acento peculiar vasco, dulce y sencillo, breve y rotundo, hubo de contarme la «desgracia» de aquella pobre mujer.

Llegó al país, poco tiempo antes. Procedía del interior de Vasconia, de las montañas que lindan con Guipúzcoa. Trajo consigo, un hermoso niño rubio de grandes ojos azules.

Atrajo pronto la atención la juventud y belleza de la forastera, su cabello rubio que contrastaba de modo maravilloso, con su sencillo traje negro.

Pronto se supo, que habitaba en una casita junto a la costa, desde donde se dominaba el mar.

Parecía, que aquella mujer, había bus-

cado un refugio a Dios sabe qué tempestades que hubieran agitado su alma.

Algunas veces, la vimos con su hijo en lento paseo por la playa; otras, sentada en alguna roca, vigilando los juegos del niño con la vista puesta en el infinito. Así, nos habíamos acostumbrado a ver a la bella forastera, sin que nadie intentara nunca penetrar en el santuario de su pasado.

Un día, la vimos como usted la vió, desmelenada, loca, dando al huracán la madeja suelta de sus cabellos rubios, extendiendo hacia el mar los brazos implorantes, y helando el alma con su grito sobrehumano:

—¡Ay ené ven...!

Calló. En el atrio, se hizo un impresionante silencio. La abuela, suspirando, descolgó de la pared con mano trémula, un viejo rosario. Los dos mozállones orgullo de su fuerte raza, movieron compasivos la cabeza. Y sus hermanas, los dos tímidas niñas que hilaban entonces sus castos sueños de oro, se estremecieron ante el relato del infortunio que había aleteado tan cerca de ellos. Ante el inesperado silencio, el hermoso perro que a los pies del amo dormía levantó su cabezota desorejada, y lo miró un instante con mirada casi humana.

Aquella tarde—continuó—fué fatal para la desgraciada. Toda esperanza en un mañana mejor, se desvaneció como el humo que sale de nuestras chimeneas y se diluye en la atmósfera encalmada del valle.

Salió aquella tarde la infeliz, serena y alegre, siempre con su chiquillo, a buscar aquel mar que parecía tener algo que devolverle.

Se situaron como siempre en una ro-

ca que brindaba cómodo asiento y a cuya base venían a morir lentas y rumorosas, las suaves olas que enviaban las lejanas rompientes. Pocas veces está el Cantábrico como aquel día. Su superficie, era un espejo, que copiaba de modo maravilloso el cielo. Y algunas gaviotas venían a posar en el mar, buscando con sus largos picos los pececillos que desde la altura, habían avizorado. Ni una columna de humo en el horizonte, ni una vela. Todo era silencio, paz y reposo.

La mujer, vencida por la vaga e incomprendible tristeza que produce la vista del mar, dejó que su alma se hipnotizara en el suave murmullo de las aguas. Correteaba el niño feliz aunque dulce felicidad—para comprender nada que no fuera sus infantiles juegos.

Y de improviso, cuando la felicidad parecía presidir aquel rincón de la costa vasca, cuando los dos únicos seres que se recreaban en aquella belleza, parecían gozar de un dulce remanso de paz y de dicha, ocurrió algo—nada para el mundo—que ha puesto espanto en las almas que como la de usted, pasó junto a la imagen de la locura.

Del mar, de aquel mar amigo que se ofrecía como un espejo, surgió una ola como un brazo gigante, avanzó silenciosa, y elevándose en su cresta, se dobló precipitándose ya con estruendo sobre la roca hospitalaria.

La vió la madre alzarse de la tersa superficie, la vió venir como un monstruo que tuviera ojos y que la mirase fascinadora. Vió cómo se formaba su concavidad, cómo se espumaba en su cresta, cómo estallaba en fin... Y nada pudo hacer por evitar el rapto de su al-

ma, de aquel jirón de la vida, que se llevaba la vampiresa mar adentro, como por obra de sortilegio.

—¡Amá...!

—¡Voy alma mía!

La ola, retrocedió. En sus entrañas, apenas cubiertas por la espuma, vió la pobre mujer a su hijo que agitaba los bracitos, que cerraba angustiosamente las manos como queriendo asir algo.

Se descolgó de la roca la pobre madre, sin parar mientes en sus dolores físicos. Corrió impávida y serena internándose mar adentro, hasta que otra ola la devolvió a la playa, depositándola allí blandamente en la arena. Otra vez corrió insensata hacia el bien que perdía, y de nuevo resultó vano su es-

fuerzo. Y fué entonces, cuando el dedo de Dios tocó su cerebro, huyendo de él la razón para siempre.

Agotada su energía, dejando rutilar la madeja húmeda de sus cabellos rubios heridos por el sol, repitió una y otra vez con acento plañidero, con voz débil de niño caprichoso:

—¡Ay ené ven!

Y dirigiéndose al mar, juntando las manos en actitud de súplica, de rezo, de dolor infinito, lanzó su queja que iba a ahogarse en el murmullo de las ondas implacables...

—No me quites el alma... Es mía... ¡mía...!

**Manuel Huerta Marín**

# DEL LIBRO DE "AFORISMOS"

Una relación verídica de nuestros pecados sería la mejor historia de nuestros buenos propósitos. Pero aquélla sería un poco peligrosa y ésta quizás demasiado inútil...

Se hablaba antes del peligro amarillo. Se habla ahora del peligro comunista. Nunca se habla del peligro verdadero: del peligro de que algún día rompan a hablar los tabiques, los bancos, los árboles, los quicios de las puertas... Entonces habremos de callar todos!

A todos nos llega la hora de la ilusión, la hora del desengaño, la hora de los propósitos serios... Lo que nunca llega es la hora que esperamos.

Inverosímil: he ahí la palabra que se aplica a muchas novelas. Sin embargo, en las novelas nada hay inverosímil como no sea la estulticia del autor. Nos parecerían inverosímiles, si las novelas contasen todo lo que los autores pueden saber o todo lo que nosotros sabemos que ha ocurrido...

El poeta ha dicho: «las ilusiones del árbol del corazón». Sería una felicidad que las ilusiones se desprendieran de nuestro corazón como se desprende una hoja seca o un melocotón podrido...

«¡Te quiero más que a mi vida!»  
¿Hay algún hombre que no haya profestado, siquiera una vez, esa blasfemia? Luego resulta que todo ese «te quiero»

era una martingala para tener la sopa caliente y los botones del chaleco bien puestos...

Renovemos una y mil veces el concepto de que el romanticismo no busca cosas imposibles. Es el amigo más delicado que tiene la realidad; ninguno la mima y la quiere como el romanticismo. Desea para ello el cielo y eso es a veces lo difícil; transformar la tierra en cielo, que es como pedir peras al olmo ..

Y el olmo no da peras por la sencilla razón de que es olmo. De manera que la estulticia no consiste en el olmo, sino en el que le pide peras...

Por eso, por equivocación en el pedido, se malea la cuestión del romanticismo... La tierra no es para ser transformada en cielo; en todo caso para ser transformada en umbral del cielo. La tierra es el lugar de la duda, del temor y del dolor: pedirle otra cosa, es asombrosamente imbécil.

El cielo en cambio, que aun no ha sido descrito, debe ser la mansión maravillosa de todas las satisfacciones imaginables. Todo sueño sera realidad y toda realidad, sueño divino .. Algo que ni el ojo vió ni el oído oyó, pero que se vislumbra, como un fuego de piedra preciosa, por entre los floridos zarzales de las amarguras de la tierra...

**Eladio Esparza**

# PARA TI NO HAY FLORES

¡Pobre sepultura, triste y olvidada  
en la gris planicie de este camposanto!  
¡oh, cruz de madera, ignorada y sola,  
entre tantas otras, de bronce y de mármol,  
que son de la alcurnia y de la riqueza  
vivientes heraldos!—

Me infundes aliento, grande en tu pobreza,  
¡oh, cruz redentora, símbolo cristiano!,  
al ver cómo amparas la tumba ignorada,  
abriendo ante ella tus amantes brazos...  
Y me inspiras pena, sepultura humilde,  
presa del Olvido; sin ningún recuerdo; sin un epitafio,  
ni una siempreviva que abra su corola  
como tierno emblema de un amor truncado..  
Para ti no hay flores; para ti no hay rezos;  
por tí no se exhalan suspiros, ni el llanto,  
cual rocío benéfico, riega  
tu terruño árido!...

Por eso, el poeta ante ti se inclina  
y, absorto y silente, musita este canto;  
por eso, te ofrenda la flor de sus versos  
el errante bardo.

Luis López y López

Dalías (Almería)

# CRISANTEMA BLANCA

Había sobre tu frente de líneas imprecisas  
dos ojos muy azules, muy llenos de bondad...  
muy claros, muy abiertos, ponían en tu risa  
destellos adorables de dulce ingenuidad.

Lindísima azucena en tus manos había,  
muy fresca y muy lozana... de intensa palidez;  
purísima y fragante, en torno difundía  
aromas de inocencia, olor de candidez.

Había sobre tu frente, serena y despejada,  
la rubia cabellera... aureola de ilusión;  
y más bajo, inquietante, surgía en la mirada  
de tus ojos azules una interrogación...

Tus dedos deshojaban «aquella margarita»  
—¡los pétalos de nieve... de oro el corazón!—

Aquella flor de ensueño ¡tan blanca y tan chiquita!  
pidiéndole a sus hojas oráculos de amor.

Había en tu semblante —la frente obscurecida,  
surcada por arrugas— la huella del vivir;  
cansancio en tu mirada sin brillo, ensombrecida  
por dos grandes violetas... La huella del sufrir.

—En tus manos temblaba un ramo de azahar;  
un ramo ya marchito, exento ya de olor...  
Y de él iban cayendo... cayendo sin cesar,  
los pétalos ajados... ¡Girones de un candor!

Despojos de tres flores sembraban tu camino;  
detrás, el *Desengaño* las iba recogiendo...  
Hoy una flor extraña ofréndate el *Destino*...  
La triste «*Crisantema*» que el tiempo fué tejiendo  
con restos de *Azucena*, *Azahar* y *Margarita*...  
Emblema es de piedades..., de llanto, de dolor...  
Es blanca y desmayada; al parecer marchita...  
¡Albor de tu inocencia llorando una pasión!

Emilio Crespo

# LETRAS REGIONALES

REVISTA MENSUAL

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Novelas, Cuentos, Leyendas, Poesías, Ilustraciones, Historia literaria, Críticas, Páginas femeninas, Folklore, Crónicas, Sección "Literatos Nuevos", Concursos, Bibliografía, & &

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

COLABORADORES: Armando Palacio Valdés, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, R. Alcover, G. Álvarez Limeses, F. Arocena, J. Arrarás, F. J. de Arvizu, M. R. Blanco-Belmonte, A. Blanco Lon, J. Barcia Caballero, Constantino Cabal, Arturo Campión, Carmen Carriedo de Ruiz, Eugenio Carré, Luis de Castro, Antonio de Cora, Juan Luis Cordero, Carlos Luis de Cuenca, Jorge de la Cueva, «Curro Vargas», Luis Chamizo, G. Díaz Caneja, Narciso Díaz de Escovar, V. Díez de Tejada, Concha Espina, Eladio Esparza, J. Fernández y González, M. Fuentes Jorge, G. García-Arista y Rivera, F. Castán Palomar, Juan Jesús González, Macario Golferichs Losada, Juan Gutiérrez Gili, M. Huerta Marín, Publio Hurtado, José M.<sup>a</sup> Iraburu, Benjamín Jarnés, Lorenzo López Cruz, J. López Prudencio, Luis G. Manegat, «Maricruz», Angel Marina, Augusto Martínez Olmedilla, José M. Matheu, «Mirabal», A. Montenegro Saavedra, Luis Montoto, J. Ortiz de Pinedo, Rafael Pamplona, A. Pelárea, José M.<sup>a</sup> Pemán, Huberto Pérez de la Ossa, Antonio Porras, Emiliano Ramírez Angel, A. Reyes Huertas, Lorenzo Riber, Ramón Robles, Julio Santa María, María Sepúlveda, Yago-César de Salvador, Manuel Siurot, Ignacio Socías Aldape, Francisco Valdés, J. de la Vega, Luis Antonio de Vega, A. Villar Ponte, Tomás Yoldi Mina, José Zalba y otros muchos.

Oficinas: Encarnación, 19. — CÓRDOBA (España)

Precio de suscripción anual: en España, Portugal y América, 12 pesetas. Extranjero, 20

AL EMPEZAR

## EN EL RINCÓN PROVINCIANO...

En el rincón provinciano, se ha encendido una luz ..

Con nobles anhelos e ilusiones desplegadas, sale al mundo de los lectores ibero-americanos la revista LETRAS REGIONALES. Ni de trascendentales iniciativas, ni de programas largos y enrevesados, hace alarde la nueva publicación, en su comienzo. Sencillamente, venimos a reflejar el sentimiento puro y hondo que late con vigorosa personalidad en cada una de las Regiones españolas, encumbrándolas hacia el Arte, bellamente y por todos los medios expresado.

Después de un casi general letargo, se levanta briosamente el espíritu regional de España. Bendito sea este resurgimiento que mira a las pasadas grandezas, y se apoya en su memoria para crear grandezas nuevas.

Los lenguajes gloriosos, los trajes pintorescos, las monumentales riquezas, la poesía y costumbres populares .. Todo esto se fortalece y se saca a luz, con valeroso estímulo, en estos días. Salvo muy pocas excepciones, los más grandes éxitos actuales, el arte regional los consigue.

Esta revista, exclusivamente dedicará sus páginas a propagar la literatura y el arte de las Regiones españolas. A muchos y muy notables escritores debemos gratitud porque nos honran con su prestigio, guiándonos en la empresa. Dentro de las normas que la Religión y la Patria nos fijan, de todos aceptaremos colaboraciones y consejos. Entre el gran número de publicaciones ibero-americanas, nace hoy una más que con todas quiere vivir amistosamente.

Tanto en la forma como en el fondo, grandes reformas caben en LETRAS REGIONALES. Si los literatos españoles y los amantes de literatura y el arte regional quieren, todas esas reformas serán, poco a poco, realidades.

En el rincón provinciano, tranquilo y apacible, se ha encendido una luz... Que sea desde cerca, lumbre acogedora de hogar. Que brille desde lejos con fulgores de estrella...

(Del número 1 de LETRAS REGIONALES. Julio de 1925)

¡La maravilla de las maravillas!

**La máquina de escribir perfecta**



# ORGA PRIVAT

Todas las cualidades de las más caras, y precio inferior a la más barata de todas las conocidas.

**Pesetas 700 al contado**

Detalles, demostraciones  
- gratis pidiéndolos al -

Representante general  
para España:

**R. Wirth Svalina**

Lealtad, 8 — MADRID